

# PERVERSO

*FREDERIK POHL*

Qué hermosa es, pensó Dandish. Y a su merced. Recién salida del cofre de reanimación, no llevaba otra cosa más que la cinta plástica de identidad rodeando su cuello.

—¿Estás despierta? —preguntó. Pero ella no se movió.

Sintió que la excitación crecía en él al verla tan pasiva, tan indefensa. Un hombre podría acercarse a ella, hacerle cualquier cosa, lo que deseara, y ella no se resistiría. Aunque tampoco reaccionaría. Sin tocarla, sabía que su cuerpo era tibio y estaba seco. Vivía, y dentro de algunos minutos recuperaría la conciencia.

Dandish —capitán y único miembro de la tripulación de una nave interestelar sin nombre que transportaba un cargamento de colonos hibernados a través del vacío espacio infinito, desde la Tierra hasta un planeta girando alrededor de una estrella que ni siquiera tenía nombre en los mapas estelares sino tan sólo un simple número, y que hoy era llamada *Eleanor*— dejó transcurrir aquellos minutos sin mirar a la muchacha, de la que sólo sabía que se llamaba Silvie, pero con la que nunca había hablado. Cuando se volvió de nuevo hacia la mirilla ella estaba despierta, semisentada, sujetándose a las correas de su cofre, el pelo ralo y enmarañado, la expresión colérica.

—Bueno, ¿dónde está usted? —dijo ella—. Ya he comprendido lo que ocurre. ¿Sabe lo que pueden hacerle por esto?

Dandish se sorprendió. No le gustaba verse sorprendido, porque esto lo asustaba. Desde hacía nueve años sólo la nave murmuraba a través del espacio. Había sufrido la soledad y había sentido miedo. Llevaba a bordo setecientas cápsulas conteniendo colonos, pero yacían frágiles e inmutables en su baño de helio líquido y no eran una compañía agradable. Más allá de la nave, el ser humano más próximo estaba quizá a dos años-luz, excepto la remota posibilidad de cruzarse con otra nave yendo en dirección opuesta... y por lo tanto mucho más lejana que cualquier otra estrella que uno pudiera imaginar, ya que las fuerzas necesarias para detener la nave y hacerla cambiar de rumbo para alcanzar a otra nave en camino de regreso serían dos veces mayores y necesitarían dos veces más tiempo que el propio viaje.

Todo era terrible en aquel viaje. La soledad estaba hecha de terror. Mirar a través de dos centímetros de portilla y no ver más que las estrellas lejanas provocaba el pánico. Hacía cinco años que Dandish había tomado la resolución de no volver a mirar fuera, pero había sido incapaz de mantener su decisión; así que, de tanto en tanto, miraba por la portilla, pese al regreso de las horribles visiones de carlinga rota, de portilla reduciéndose a mil pedazos y de él mismo encerrado en su prisión metálica, cayendo, girando, danzando interminablemente hacia cualquiera de los millones de estrellas que brillaban bajo él.

En la nave, el menor ruido era una alarma. Nadie más que él estaba despierto, de modo que cualquier sonido, un crujido del metal, el choque de un objeto golpeando contra otro, por débil que fuera, por insignificante, por apagado, representaba una amenaza, y Dandish se había estremecido de terror más de una vez durante horas, incluso días, hasta que descubría el contacto defectuoso o la puerta mal cerrada que

lo habían alertado. El fuego le ocasionaba pesadillas. Era ridículo, ya que una nave de acero y cristal no puede arder, pero en sus sueños no era el incendio de una casa lo que veía, sino los fuegos monstruosos de las estrellas que sobrepasaba.

—¡Acérquese, que pueda verlo! —ordenó la muchacha.

Dandish observó que no se preocupaba en cubrir su desnudez. Se había despertado desnuda, y seguía desnuda. Se había soltado las correas de seguridad y había salido de su cofre; ahora estaba observando con ojos inquisitivos la cabina en donde había recuperado la conciencia, buscándole.

—¡Nos lo advirtieron! —gritó—. ¡No caigáis en la trampa!, nos dijeron. ¡Desconfiad de esos locos del espacio! ¡De otro modo vais a lamentarlo! No oíamos otra cosa en el centro de recepción. Y ahora está usted ahí, acechándome, estoy segura. Sea quien sea..., ¿dónde infiernos está? ¡Salga y muéstrese, por el amor de Dios!

Se había puesto de pie. Carente de peso, flotaba un poco en diagonal, mordisqueándose la piel reseca de los labios mientras miraba desconfiada a su alrededor.

—¿Qué es lo que ha ideado para contarme? ¿Que un meteoro ha destruido la nave, que somos los dos únicos supervivientes, y que estamos condenados a derivar para siempre en la nada, de modo que no nos queda otra solución que intentar vivir juntos y reconfortarnos mutuamente?

Dandish la contemplaba por la mirilla de la sala de reanimación. No respondió. Sabía mucho de víctimas. Había consagrado mucho tiempo a aquel proyecto. Físicamente, la muchacha era perfecta: muy joven, delgada, casi aérea. Por eso la había elegido entre las 352 mujeres en conserva de la futura colonia, examinando las fotos microfilmadas que acompañaban el dossier de cada colono, como un apasionado de la alta fidelidad revisando un catálogo de discos. Había sido la más prometedora de todo el lote. Dandish no poseía la instrucción suficiente como para leer un perfil psicológico y, además, consideraba a todos los psicólogos como unos charlatanes, de modo que sus famosos perfiles no significaban nada para él; así que debía confiar en sus propios elementos de juicio. Había deseado una víctima inocente y confiada. Silvie, dieciséis años y una inteligencia algo por debajo de la media, le había parecido perfecta. Se sentía decepcionado viéndola ahora reaccionar sin ningún temor.

—Por esto le van a caer al menos cincuenta años —exclamó ella, mirando a su alrededor para adivinar dónde se ocultaba él—. Lo sabe, ¿no?

El cofre de reanimación, detectando que ella lo había abandonado, se retiró y se rearmó sin el menor ruido, preparado para ser utilizado de nuevo. La envoltura plástica que había envuelto a la muchacha cayó a un lado, se convirtió en una apretada bola y desapareció por el conducto de desechos. Aparecieron nuevas sábanas asépticas. Los generadores operativos se comprobaron a sí mismos, desencadenando una muy breve corriente de alto voltaje, lo encontraron todo en orden, y se desconectaron. Los rebordes del cofre se ocultaron suavemente. La mesa del instrumental se recubrió con un domo protector. La muchacha observó todo aquello durante unos instantes, luego agitó la cabeza y se echó a reír.

—¿Le doy miedo? —exclamó—. ¡Vamos, venga y terminemos de una vez! O de otro modo reconozca que se ha equivocado, proporcióneme alguna ropa y hablemos razonablemente de todo esto.

Tristemente, Dandish desvió la mirada. Un aparato cronométrico acababa de recordarle que debía hacer las verificaciones periódicas de los sistemas de la nave y, como había hecho ya ciento cincuenta mil veces y debería hacer aún otras cien mil, verificó rápidamente la temperatura de la sala, calculó la pérdida de helio líquido y la compensó usando la reserva, comparó el rumbo de la nave con el esquema de vuelo, midió el consumo de combustible, comprobó que todos los sistemas funcionaran correctamente, y volvió de nuevo su atención a la muchacha. Todo aquello había durado apenas dos minutos, pero en ese tiempo ella ya había encontrado el peine y el espejito que él le había dejado preparados y se estaba peinando rabiamente. Las técnicas de hibernación y de reanimación aún no eran perfectas en lo relativo a estructuras tan elaboradas como las uñas o los cabellos. A la temperatura del helio líquido los tejidos orgánicos se volvían quebradizos como el cristal, y aunque se intentara prevenir parcialmente esto envolviendo suavemente los cuerpos con una especie de capullo elástico, tomando mucho cuidado en preservarlos de cualquier contacto con un objeto duro o puntiagudo, las uñas y los cabellos se partían fácilmente. En el centro de recepción se repetía incansablemente a los colonos que debían cortarse el pelo y las uñas lo más cortos posible, pero muchos no hacían caso de esas indicaciones. Silvie parecía ahora un maniquí que hubiera pasado por las manos de un aprendiz de peluquero poco dotado. Finalmente, resolvió su problema enrollando el pelo que le quedaba en un moño apretado, mientras los mechones arrancados por el peine flotaban libremente en el aire a su alrededor.

Palmeó con tristeza su desolado moño y murmuró:

—Supongo que usted debe encontrar todo esto muy cómico, ¿verdad?

Dandish se lo pensó. No, no sentía el menor deseo de echarse a reír. Veinte años antes, cuando era un joven estudiante de largos cabellos ondulados a la permanente y uñas lacadas a la moda de aquel año, había soñado casi cada noche en una situación como aquella. Poseer una chica para él solo, no para amarla ni para violarla ni para casarse con ella, sino simplemente para hacerla su esclava, someterla a cada sueño con cientos de variantes. Nunca le había hablado a nadie de aquel sueño recurrente, no de forma directa, pero lo había evocado en una ocasión en el curso de psicología práctica, pretendiendo haberlo leído en un libro, y el profesor, mirándole directamente a la cara, había respondido que se trataba de un deseo contenido de jugar con muñecas. «Este autor —había dicho— está interpretando un papel, pone en práctica su deseo de ser una mujer. Casos muy simples de homosexualidad contenida pueden tomar diversas formas...», y que si los sueños resultaban siempre satisfactorios en el plano físico, entonces el joven Dandish se despertaría a la vez avergonzado y furioso.

Pero Silvie no era un sueño ni una muñeca.

—¡No soy ninguna muñeca! —gritó ella, tan brusca y oportunamente que Dandish sufrió un sobresalto—. ¡Vamos, venga y muéstrese, y terminemos de una vez!

Se sujetó a una abrazadera para equilibrio y miró a su alrededor, y aunque se la veía irritada y colérica no parecía en absoluto tener miedo.

—A menos que esté usted completamente loco —dijo ella con calma—, lo cual dudo, aunque es una posibilidad, no podrá hacerme nada si yo no lo quiero, ¿sabe? Porque no saldría con bien de ello, ¿verdad? No puede matarme, ya que jamás podría justificarlo, y además no se permite que un asesino dirija una nave, de modo que cuando lleguemos a nuestro destino lo único que tendré que hacer va a ser

llamar a la policía, y se va a ver usted conduciendo una unidad de subterráneo durante ochenta años como mínimo.

Se echó a reír y añadió:

—Lo sé porque a mi tío lo agarraron por un asunto de fraude fiscal: ahora es una lancha automática en el delta del Amazonas, ¡y tendría que leer las cartas que nos escribe! Así que salga para que pueda ver qué podemos arreglar.

Se impacientó, agitó la cabeza y suspiró profundamente.

—¡Señor, que estas cosas me ocurran a mí! Bueno, ya que estoy de pie, tengo que ir a un lugar muy reservado, y luego me gustaría comer algo.

Dandish se sintió satisfecho con aquellas pequeñas exigencias, que al menos ya había previsto. Abrió la puerta del cuarto de baño y conectó el calentador de las raciones de reserva. Cuando Silvie volvió a aparecer, la aguardaban unos crujientes panecillos, unas lonchas de tocino y una taza de café humeante.

—Supongo que un cigarrillo será pedir demasiado, ¿no? Bueno, no voy a morir por ello. ¿Y mis ropas? ¿Y si se dejara ver usted un poco?

Bostezó, luego se puso a comer. Debía haber tomado una ducha, lo cual siempre era deseable cuando uno emergía del sueño de la hibernación para desprenderse de las exfoliaciones de la piel, y se había anudado una toalla sobre el maltrecho pelo. Dandish había dejado aquella toalla en el baño a disgusto, pero nunca se le hubiera ocurrido que ella la empleara de ese modo. Silvie se quedó mirando los restos de su desayuno con aire soñador, luego, al cabo de un momento, empezó a hablar en tono grave, como quien está dando una conferencia.

—Si lo entiendo bien, los tripulantes de las naves interestelares suelen estar siempre más o menos locos, porque si no nadie realizaría un trabajo tan solitario como este durante veinte años seguidos, ni por todo el oro del mundo. Así que está usted loco. De modo que, si me ha despertado, y ahora no quiere mostrarse ni hablar conmigo, yo no puedo hacerle nada. Por otro lado, entiendo que, aunque al principio no estuviera usted loco, este tipo de vida terminaría volviéndolo de todos modos. ¿Tal vez lo que desea usted es tan sólo un poco de compañía? Sí, puedo comprenderlo. Incluso podría cooperar sin discutir demasiado. Por otro lado, puede que esté usted intentando reunir todo su valor para cometer alguna otra acción de tipo más vil. No sé si lo conseguirá, porque seguramente pasó usted por un buen número de pruebas antes que le confiaran este trabajo. Pero admitámoslo. ¿Qué ocurrirá entonces? Si me mata, lo incriminarán. Si no me mata, le denunciaré apenas aterricemos, y lo arrestarán. Le he hablado ya de mi tío. En este momento su cuerpo está en una cápsula de hibernación no sé dónde en la cara oscura de Mercurio, y utilizan su cerebro para mantener bien limpios los canales de navegación en las inmediaciones de Belem. Quizá esta perspectiva no le parezca tan horrible, pero puedo decirle que a tío Henry no le gusta en absoluto. No tiene la menor compañía, está tan solitario como usted, supongo, y dice que sus bombas aspirantes le duelen constantemente. Claro que podría sabotear su trabajo como protesta, pero entonces es seguro que lo enviarían a otro lugar y sería aún peor, de modo que resiste con toda la paciencia que puede. ¡Tiene que cumplir noventa años de condena y solamente han transcurrido seis! Bueno, quiero decir que eran seis cuando abandonamos la Tierra, no sé cuánto tiempo habrá pasado ahora. No le iba a gustar, se lo aseguro. Así que, ¿por qué no viene hasta aquí y charlamos un poco?

Cinco o diez minutos más tarde, tras hacer varias muecas, untar rabiosamente otro panecillo con manteca y lanzarlo con furia contra la pared, donde los servicios de limpieza lo aspiraron rápidamente, añadió:

—¡Al menos, por el amor de Dios, deme algo para leer!

Dandish apartó su atención de ella, escuchó durante algunos instantes el murmullo de la nave, luego activó el mecanismo del cofre de reanimación. Había sido un perdedor durante demasiado tiempo como para no haber aprendido a limitar sus pérdidas. La muchacha dio un respingo cuando los laterales del cofre se desplegaron. Unos previsores tentáculos se tendieron para sujetarla y la depositaron en el cofre, extendiendo sobre ella las correas de seguridad.

—¡Especie de imbécil! —gritó ella, pero Dandish no respondió.

El cono anestésico descendió sobre el aterrado rostro de la muchacha, que gritó:

—¡Espere! Yo nunca he dicho que no...

No pudo decir nada más. El cono se apoyó sobre su rostro. Unos segundos más tarde estaba dormida. Una fina hoja de plástico descendió sobre ella, moldeando su rostro, su cuerpo, sus piernas, incluso la toalla que llevaba como turbante, y el cofre de reanimación retrocedió silenciosamente hasta la cámara fría. Dandish dejó de mirar. Sabía lo que iba a pasar, y además el aparato cronometrador le señalaba que era el momento de la inspección. Temperaturas normales, consumo de combustible normal, velocidad normal. Los indicadores de la cámara fría estaban señalando que una nueva cápsula estaba siendo conducida a su lugar en los depósitos, pero aparte de aquello todo lo demás era lo de siempre.

—Adiós, Silvie —dijo Dandish—. No has sido más que un molesto error.

Quizá más adelante, con alguna otra muchacha...

Pero Dandish había necesitado nueve años para decidirse a despertar a Silvie, y no se sentía capaz de volver a empezar. Pensó en aquel tío Henry que hacía funcionar una lancha a lo largo del litoral del Amazonas. Se dijo que él podía haber estado en su lugar. Pero había cazado al vuelo la ocasión de expiar su condena pilotando una nave interestelar.

Dandish contempló los diez millones de estrellas a través de los receptores ópticos que eran sus ojos. Tendió hacia el espacio, en un gesto de impotencia, los radares que le daban el sentido del tacto. Lloró a través de sus reactores un flujo de iones de diez millones de kilómetros de largo. Pensó en las toneladas de carne impotente de sus bodegas, en los cuerpos que hubiera podido gozar si su propio cuerpo no estuviera cerca del de tío Henry, allá en la cara oscura de Mercurio, en los terrores que hubiera podido provocar si hubiera sido capaz de inspirar miedo. Incluso hubiera sollozado si hubiera tenido una voz para hacerlo.

**FIN**